

mante. La mirada se abisma en espléndidas perspectivas, y abraza una hilera de maravillosos palacios donde moran seres de una naturaleza superior. El incienso de las prosperidades humea, el altar de la dicha está encendido y un aire perfumado circula. Seres de sonrisa divina, vestidos con túnicas blancas bordadas de azul, pasan ligeramente ante vuestros ojos mostrándoos figuras sobrehumanas dotadas de una belleza, de unas formas y de una delicadeza infinitas. Los Amores revolotean comunicando á todo la luz de sus antorchas. Os sentís amado, y sois feliz con una dicha que aspiráis sin comprenderla, bañándoos en las olas de esa armonía que irradia sobre todo. Veis halagado vuestro corazón por vuestras secretas esperanzas, que se realizan por un momento. Después de haberos paseado por los cielos, el encantador vuelve á sumiros en los pantanos de las frías realidades cuando os ha dado sed de sus divinas melodías y vuestra alma grita aún: «¡Más! ¡Más!» La historia psíquica del punto más brillante de aquel hermoso final, es la de las emociones que causó aquella fiesta á Constanza y á César. Collinet había compuesto con su plantilla el final de su sinfonía comercial.

Cansados, pero felices, los tres Birotteau se acostaron al amanecer arrullados por los recuerdos de aquella fiesta, que en construcciones, reparaciones, muebles, consumaciones, prendidos y biblioteca ascendía á sesenta mil francos, sin que César lo sospechase. Esto era lo que costaba la fatal roseta roja colocada por un rey en el ojal de un perfumista. Si le ocurría una desgracia á César Birotteau, este solo gasto bastaba para que le encausasen. Un negociante está en el caso de quiebra fraudulenta si hace gastos juzgados excesivos, y tal vez es más horrible comparecer ante el juzgado por una bagatela, que ante la audiencia por un inmenso fraude. Para ciertas gentes, vale más ser criminal que tonto.

II

CÉSAR LUCHANDO CON LA DESGRACIA

Ocho días después de esta fiesta, último resplandor de una prosperidad de diez y ocho años próxima á extinguirse, César contemplaba á los transeuntes á través de los cristales de su tienda pensando en la extensión de sus negocios, que juzgaba ya pesados. Hasta entonces, todo había sido sencillo en su vida, fabricaba y vendía, ó compraba para volver á vender. Hoy, el negocio de los terrenos, su interés en la casa A. Popinot y Compañía, el pago de los ciento sesenta mil francos de efectos que tenía en plaza y que iban á exigir tráficos de efectos que desagradarían á su mujer, ó inauditos éxitos en casa Popinot, asustaban á aquel pobre hombre, el cual comprendía que tenía en la mano mayor número de riendas que las que podía sostener. ¿Cómo se arreglaría Anselmo para dirigir el negocio? Birotteau trataba á Popinot como trata un profesor de retórica á su alumno, desconfiaba de sus medios y sentía no estar á su lado. La seña que le había hecho para hacerle callar en casa de Vauquelin explica los temores que el joven negociante inspiraba al perfumista. Birotteau se guardaba bien de dejarse adivinar por su hija, por su mujer ó por sus dependientes; pero entonces obraba como un simple cañonero del Sena al que un ministro hubiera confiado, por casualidad, el mando de una fragata. Estos pensamientos formaban una especie de niebla en su inteligencia, poco apta para la meditación, hasta tal punto, que Birotteau permanecía á veces de pie como alelado tratando de ver claro en sus negocios. En uno de estos momentos apareció

en la calle un individuo que le inspiraba enorme antipatía; nos referimos á su segundo propietario, al pequeño Molineux. Todo el mundo ha sido presa de esta clase de meditaciones que representan toda una vida y en medio de las cuales aparece un ser fantástico que viene á ser el traidor de la pieza y que es portador de malas noticias. A Birotteau le parecía que Molineux había de representar por casualidad un papel análogo en su vida. Este personaje le había sugerido diabólicas y tristes ideas en medio de la fiesta, contemplando sus suntuosidades con odiosa mirada. Al volver á verle, César se acordó tanto más de las impresiones que le había causado aquel pequeño avaro, cuanto que Molineux le hizo sentir nueva repulsión al presentársele en medio de sus meditaciones.

—Señor—le dijo el hombrecito con su voz atrozmente insignificante,—hemos terminado las cosas tan aprisa, que se ha olvidado usted de aprobar la escritura de nuestro contrato privado.

Birotteau tomó el arriendo para reparar el olvido.

En este momento entró el arquitecto, saludó al perfumista, y después de haber dado algunas vueltas en torno de él con aire diplomático, le dijo al oído:

—Señor, ya sabe usted cuán difíciles son los comienzos de toda profesión. Usted está contento de mí, al parecer, y yo le agradecería mucho que me entregase mis honorarios.

Birotteau, que se había desarmado entregando todo el dinero contante que tenía, dijo á Celestino que extendiese una letra de dos mil francos á tres meses vista.

—Me he alegrado mucho de que usted tomase por su cuenta el alquiler del vecino—dijo Molineux con aire chocarrero,—porque un portero ha venido á decirme esta mañana que el juez de paz ha sellado la tienda á causa de la desaparición del señor Cayrón.

—¿A ver si me ha estafado á mí los cinco mil francos?—dijo Birotteau.

—Tenía fama de saber manejar perfectamente los negocios—dijo Lourdois, que acababa de entrar para entregar su factura al perfumista.

—Un comerciante no se ve libre de reveses hasta que está retirado—dijo el pequeño Molineux doblando el contrato con minuciosa regularidad.

El arquitecto examinó á este hombrecito con el placer que siente todo artista al ver una caricatura que confirma sus opiniones acerca de los burgueses.

—Generalmente, cuando se tiene la cabeza debajo de un paraguas, tiene uno motivos para creer que está á cubierto si llueve—dijo el arquitecto.

Molineux estudió mucho más los bigotes y la perilla que la cara del arquitecto, y le despreció tanto como el señor Grindot le despreciaba á él. Después se quedó para darle un arañazo antes de salir. A fuerza de vivir con sus gatos, Molineux tenía en sus movimientos y en sus ojos algo de la raza felina.

En este momento entraron Ragón y Pillerault.

—Hemos hablado al juez de nuestro negocio—dijo Ragón á César al oído,—y, según él, en una especulación de este género se necesitaría un recibo de los vendedores á fin de ser todos realmente propietarios indivisos.

—¡Ah! ¿hace usted el negocio de la Magdalena?—dijo Lourdois.—He oído hablar de él, y creo que se van á construir muchas casas.

El pintor, que iba con la pretensión de cobrar en seguida, juzgó conveniente no darle prisa al perfumista á fin de estar á bien con él.

—Le he traído á usted la factura porque es fin de año—le dijo á César;—pero, en realidad, no necesito ahora el dinero.

—¿Qué tienes, César?—dijo Pillerault al notar la sorpresa de su sobrino, el cual, estupefacto al ver la factura, no respondió ni á Ragón ni á Lourdois.

—¡Ah! una bagatela; que le había tomado cinco mil francos de efectos al paraguero vecino mío, que ha quebrado, y si las letras fueran falsas, me habría cogido como un tonto.

—No se queje, porque bastante tiempo hace que se lo he dicho—le dijo Ragón.—El que se ahoga se coge á las piernas de su padre para salvarse y lo ahoga consigo. ¡He visto

tantas quiebras! Al principio del desastre, nadie es bribón; pero á lo último suelen serlo todos por necesidad.

—Es verdad—dijo Pillerault.

—¡Ah! si algún día voy al Congreso ó si tengo alguna influencia con el gobierno...—dijo Birotteau levantándose sobre la punta de los pies y volviendo á caer sobre los talones.

—¿Qué haría usted? porque usted es un sabio—dijo Lourdois.

Molineux, que sentía interés por toda discusión de derecho, se quedó en la tienda; y como la atención de los demás le hace atento á uno, Pillerault y Ragón, que conocían las opiniones de César, le escucharon con tanta gravedad como los tres extraños.

—Yo establecería un tribunal de jueces inamovibles con un ministerio público que juzgase al criminal—dijo el perflumista.—Después de una instrucción, durante la cual el juez llenaría inmediatamente las funciones de los actuales agentes, de los síndicos y del juez comisario, el negociante sería declarado *quebrado rehabilitable ó bancarrotero*. El quebrado rehabilitable quedaría obligado á pagarlo todo, sería el guardián de sus bienes y de los de su mujer, ya que sus derechos y sus herencias pertenecerían á sus acreedores, administraría por su cuenta bajo la vigilancia de alguien, y, por fin, continuaría sus negocios firmando *Fulano de tal, quebrado*, hasta que hubiera pagado todas sus deudas. El bancarrotero sería condenado, como antes, á la picota en la sala de la Bolsa durante dos horas, cubierto con el gorro verde. Sus bienes, los de su mujer y sus derechos pasarían á poder de sus acreedores y quedaría desterrado del reino.

—Así el comercio sería más seguro y se miraría uno antes de hacer un negocio—arguyó Lourdois.

—La ley natural no se cumple—dijo César exasperado. De cien negociantes, hay más de cincuenta que tienen un setenta y cinco por ciento menos de los fondos que debieran tener, venden sus mercancías con un veinticinco por ciento al precio de inventario y arruinan así el comercio.

—El señor está en lo cierto—dijo Molineux;—la ley actual permite demasiadas libertades.

—¡Qué diantre!—dijo César—al paso que llevan las cosas, un negociante se va á convertir en ladrón con patente, y con su firma podrá disponer de la caja de todo el mundo.

—No es usted indulgente, señor Birotteau—dijo Lourdois.

—Tiene razón—dijo el anciano Ragón.

—Todos los quebrados son sospechosos—dijo César desesperado por aquella pequeña pérdida que sonaba en sus oídos como suena en los del ciervo el cuerno de monte que le anuncia la muerte.

En aquel momento, un mozo de fonda llevó la factura de Chevet, y á poco, un aprendiz de Félix, un mozo del café de Foy y el clarinete de Collinet se presentaron con sus respectivos recibos.

—El cuarto de hora de Rabelais—dijo Ragón sonriendo.

—Á fe que dió usted una hermosa fiesta—dijo Lourdois.

—Estoy ocupado—dijo César á todos los mozos, los cuales dejaron sus facturas.

—Señor Grindot—dijo Lourdois al ver que el arquitecto se guardaba una letra que firmó Birotteau,—examine usted bien mi factura, para lo cual no tiene más que medir, pues ya sabe que los precios están aprobados por usted en nombre del señor Birotteau.

Pillerault miró á Grandot y á Lourdois.

—¿Precios convenidos entre arquitecto y empresario?—dijo el tío á su sobrino—te han robado.

Grindot salió, y Molineux le siguió y empezó á hablarle con aire misterioso, diciéndole:

—Señor, usted me ha escuchado, pero no me ha comprendido. Le deséa á usted un paraguas.

El miedo se apoderó de Grindot. Cuanto más ilegal es una ganancia, más afán siente el hombre de ella. El corazón humano está hecho de este modo. El artista había estudiado, efectivamente, la habitación con amor, había empleado en ella toda su ciencia y su tiempo, se había tomado trabajos por diez mil francos y resultaba ser víctima de su amor propio; á los contratistas no les costó gran trabajo seducirle.

El argumento irresistible y la amenaza de calumniarle fueron menos poderosos aún que la observación hecha por Lourdois acerca del negocio de los terrenos de la Magdalena; Birotteau no contaba construir allí ninguna casa y especulaba únicamente con el precio de los terrenos. Los arquitectos y los contratistas son entre sí lo que un autor con los actores, dependen unos de otros. Grindot, que recibió de Birotteau el encargo de estipular los precios, favoreció á la clase, y los tres contratistas, Lourdois, Chaffaroux y Thorien el carpintero le proclamaron *uno de esos buenos muchachos con los cuales da gusto trabajar*. Grindot adivinó que aquellas facturas en las cuales tenía él parte serían pagadas en efectos como sus honorarios, y el viejecito acababa de inspirarle dudas acerca del pago. Así es que el arquitecto iba á ser implacable.

A fines de diciembre, César tenía que pagar facturas por valor de sesenta mil francos. Félix, el café de Foy, Tanrade y esos pequeños acreedores á quienes hay que pagar al contado, habían ido ya tres veces á casa del perfumista. En el comercio, estas pequeñeces dañan más que una desgracia, porque la anuncian. Las pérdidas conocidas son definidas, pero el pánico no tiene límites. Birotteau vió su caja vacía, y entonces el miedo se apoderó de él, que jamás se había visto en situación análoga durante su vida comercial. Como todas las gentes que no han tenido que luchar nunca durante mucho tiempo contra la miseria y que son débiles, César se sintió anonadado por esta circunstancia, vulgar en la vida de los comerciantes de París. El perfumista dió orden á Celestino de que enviase las facturas á casa de sus parroquianos; pero antes de ejecutar este inaudito mandato, el primer dependiente se lo hizo repetir. Los clientes, noble término que aplicaban entonces los tenderos á sus parroquianos y que empleaba César á pesar de su mujer, la cual había acabado por decirle que les llamase como quisiera con tal que pagasen, los clientes, repito, eran personas que pagaban bien y que no inspiraban ningún temor á César, el cual tenía á veces cuentas con ellos de cincuenta á sesenta mil francos. El segundo dependiente tomó, pues, el libro de facturas y se

puso á copiar las más importantes. César temía á su mujer, y para no dejarle ver el abatimiento que le causaba el *si-moin* de la desgracia, quiso salir; pero se encontró con Grindot, que entraba con ese aire desenvuelto que toman los artistas para hablar de intereses á los que pretenden ser extraños, el cual le dijo:

—Buenos días, caballero. No puedo encontrar ninguna clase de moneda con sus letras y me veo obligado á rogarle que me las haga efectivas. Deploro el dar este paso, pero no he tratado nunca con usureros y sentiria tener que llevar su firma de puerta en puerta, pues conozco bastante el comercio para saber que esto sería envilecerla. Entra, pues, en su interés el...

—Amigo mío, le ruego que hable más bajo—dijo Birotteau.—Me sorprende usted extraordinariamente.

Lourdois entró.

—Lourdois...—dijo Birotteau.

Y se detuvo. El pobre hombre iba á rogarle á Lourdois que tomase la letra de Grindot, burlándose del arquitecto con la buena fe del comerciante seguro de sí mismo; pero vió una nube en la frente de Lourdois y tembló ante la imprudencia que iba á cometer. Esta inocente burla era la muerte de un crédito dudoso. En caso análogo, un comerciante rico toma su letra y no la ofrece. Birotteau sintió que su cabeza se desvanecía como si hubiese contemplado el fondo de un abismo.

—Mi querido señor Birotteau—dijo Lourdois conduciéndole al fondo del almacén,—mi factura está examinada y conforme, y le ruego que tenga el dinero dispuesto para mañana. Caso á mi hija con el pequeño Crottat, necesito dinero, los notarios no pueden negociárselo y, por otra parte, no han visto nunca mi firma.

—Enviemela pasado mañana—dijo orgullosamente Birotteau, que contó con el pago de sus facturas.—Y usted también, señor—dijo al arquitecto.

—Y ¿por qué no ahora mismo?—dijo el arquitecto.

—Tengo que pagar á mis obreros del arrabal—dijo César, que no había mentado nunca.

Y tomó el sombrero para salir con ellos. Pero el contrastista, Thorein y Chaffaroux le detuvieron en el momento en que cerraba la puerta.

—Señor—le dijo Chaffaroux,—necesitamos dinero.

—¡Eh! yo no tengo las minas del Perú—dijo César impaciente, yéndose á cien pasos de ellos.—Hay gato encerrado ahí dentro. ¡Maldito baile! Todo el mundo le cree á uno millonario. Sin embargo, la actitud de Lourdois no era natural—pensó,—y ahí hay algo oculto.

Caminaba por la calle de San Honorato sin dirección, embebido en sus meditaciones, cuando tropezó con Alejandro al dar la vuelta á una esquina, como hubiese tropezado un astrónomo ó un matemático absorbidos en la solución de un problema.

—¡Ah! señor—dijo el futuro notario,—¿una pregunta? ¿Ha dado Roguín los cuatrocientos mil francos de usted al señor Claparón.

—El negocio se hizo delante de usted; el señor Claparón no me ha dado ningún recibo... mis valores estaban por negociar... Roguín ha debido remitirle mis doscientos cuarenta mil francos... Quedamos en que se realizarían definitivamente las actas de venta... El juez señor Popinot pretende... El recibo... Pero... ¿á qué viene eso ahora?

—¿Para qué cree usted que puedo hacerle semejante pregunta? Para saber si sus doscientos cuarenta mil francos están en casa de Roguín. Roguín hacía tiempo que estaba relacionado con usted, y hubiese podido, por delicadeza, remitírselos á Claparón; ¡y si así fuese, se escaparía usted de una buena! ¡Pero qué estúpido soy!... se los lleva junto con el dinero del señor Claparón, que felizmente no ha enviado más que cien mil francos á mi cargo. Los vendedores no han recibido ni un céntimo, acaban de salir de mi casa. El dinero de su préstamo sobre los terrenos no existía para usted ni para su prestamista, pues Roguín se lo había comido junto con los cien mil francos de usted, los cuales no obraban en su poder hacía ya mucho tiempo... Así es que sus últimos cien mil francos volaron; yo me acuerdo de haberlos ido á cobrar al Banco.

Las pupilas de César se dilataron tan desmesuradamente, que no vió más que una llama roja.

—Los cien mil francos de usted contra el Banco, mis cien mil francos de la notaría, cien mil francos del señor Claparón, he aquí trescientos mil francos que han volado, sin contar los robos que van á descubrirse—repuso el notario.—De Tillet se ha escapado de una buena, pues Roguín le ha atormentado más de un mes para meterle en el negocio de los terrenos, y afortunadamente tenía invertidos todos sus fondos en una especulación con la casa Nucingen. Roguín le ha escrito á su mujer una carta espantosa, yo acabo de leerla. Hace cinco años que echaba mano de continuo de los fondos de sus clientes, y todo ¿por qué? Por una querida, por la hermosa holandesa. Esta disipadora estaba sin un céntimo, había firmado letras de cambio y tuvo que vender sus muebles. Á fin de escapar á las persecuciones, se había refugiado en una casa del Palacio Real, donde fué asesinada ayer por la noche por un capitán. No ha tardado Dios en castigarla por haber devorado la fortuna de Roguín. Hay mujeres que no respetan nada. ¡Mire usted que arruinar á un notario! La señora Roguín no tendrá más fortuna que la que le proporcione su hipoteca legal, pues todos los bienes están gravados en más de lo que valen. La notaría ha sido vendida en trescientos mil francos. ¡Yo que creía hacer un buen negocio y que comienzo por pagar cien mil francos de más por la notaría! Aun no tengo recibo, los acreedores creerán que soy su cómplice si hablo de mis cien mil francos, y cuando se empieza una carrera hay que tener mucho cuidado con la reputación. Usted apenas obtendrá el treinta por ciento. ¡Sufrir á mi edad tal decepción! ¡Arruinarse por una mujer un hombre de cincuenta y nueve años! ¡Viejo imbécil! El monstruo hace veinte días que me dijo que no me casase con Cesarina porque él sabía que usted se vería arruinado antes de poco.

Alejandro hubiera podido hablar tanto tiempo como hubiese querido, porque Birotteau permanecía de pie como petrificado. Cada frase era un golpe de maza, y no oía más que un ruido de campanas mortuorias. Alejandro Crottat,

que creía fuerte y capaz al digno perfumista, se asustó al ver su palidez y su inmovilidad. El sucesor de Roguín no sabía que el notario se llevaba algo más que la fortuna de César. La idea del suicidio inmediato pasó por la cabeza de aquel comerciante tan profundamente religioso. En estos casos, el suicidio es un medio de huir de mil muertes, y parece lógico optar por una sola. Alejandro Crottat dió el brazo á César y quiso hacerle andar, pero le fué imposible: cual si estuviese borracho, las piernas del perfumista se encorvaban bajo el peso de su cuerpo.

—Pero ¿qué tiene usted?—dijo Crottat.—¡Valor, don César! Esto no es la muerte de un hombre. Por otra parte, usted percibirá cuarenta mil francos y tendrá motivos para entablar la anulación del contrato.

—¡Mi baile, mi cruz, doscientos mil francos de efectos en plaza, nada en caja, los Ragón, Pillerault!... ¡Y mi mujer que lo había adivinado!

Una lluvia de palabras confusas, imagen de las anonadadoras masas de ideas que acudían á la mente de César, brotaron de su boca, destruyendo, cual terrible granizada, todas las flores del jardín de *La Reina de las Rosas*.

—Quisiera que me cortaran la cabeza, porque me pesa demasiado y no me sirve para nada—dijo al fin Birotteau.

—¡Pobre señor Birotteau!—dijo Alejandro.—Pero ¿está usted en peligro?

—¡Peligro!

—Pues bien, valor, ¡luche usted!

—¡Luche usted!—repitió el perfumista.

—De Tillet ha sido dependiente suyo, tiene buena cabeza y le ayudará.

—¡De Tillet!

—Vamos, venga usted.

—¡Dios mío! no quisiera entrar en mi casa en este estado—dijo Birotteau.—¡Usted que es amigo mío, si es que hay amigos, usted, que me inspiraba interés y que comía en mi casa, en nombre de mi mujer, pásame usted en coche, Alejandro, acompáñeme!

El novel notario metió con gran trabajo en un coche la máquina inerte que llevaba el nombre de César.

—¡Alejandro!—dijo el perfumista con voz turbada por las lágrimas, pues en aquel momento las lágrimas empezaron á brotar de sus ojos y á aflojar el anillo de hierro que le ceñía el cráneo.—Vayamos á casa y háblele por mí á Celestino. Amigo mío, dígame que va en ello mi vida y la de mi mujer y que, por ningún concepto, se hable de la desaparición de Roguín. Haga bajar á Cesarina y dígame que procure que su madre no se entere de nada. Hay que desconfiar de nuestros mejores amigos, de Pillerault, de Ragón, de todo el mundo.

El cambio de voz de Birotteau sorprendió vivamente á Crottat, el cual comprendió la importancia de esta recomendación. La calle de San Honorato venía de camino para ir á casa del magistrado; así es que Alejandro cumplió los encargos del perfumista, el cual fué visto con espanto, sin voz, pálido y aledado, en el interior del coche por Celestino y por su hija.

—Guardadme el secreto de este asunto—dijo el perfumista.

—¡Ah!—se dijo Alejandro—ya vuelve en sí, yo le creía perdido.

La conferencia de Alejandro Crottat y del magistrado duró bastante; se mandó á buscar al decano de los notarios, y César fué llevado por todas partes, cual si fuese un bulto, sin moverse ni decir palabra. A eso de las siete de la noche, Alejandro Crottat llevó al perfumista á su casa, y la idea de comparecer ante Constanza repuso á César un tanto. El joven notario tuvo la caridad de precederle para advertir á la señora Birotteau que su marido acababa de tener una especie de síncope.

—Tiene la cabeza un poco trastornada y tal vez sea preciso sangrarle ó ponerle sanguijuelas—dijo Crottat.

—¡Oh! eso no tenía más remedio que ocurrir—dijo Constanza sin sospechar siquiera el desastre;—no ha tomado su medicina de precaución al entrar el invierno, y hace dos meses que trabaja cual un forzado, como si no tuviese pan que llevarse á la boca.

A instancias de su mujer y de su hija, César se metió en la cama y se mandó llamar al anciano señor Haudry, médico de Birotteau. El anciano Haudry era un médico de la escuela de Moliere, gran patricio amigo de las antiguas fórmulas farmacéuticas. El galeno se presentó al poco rato, examinó á César y ordenó la aplicación inmediata de sinapismos en la planta de los pies, pues veía en él los síntomas de una congestión cerebral.

—¿Á qué será debido esto?—preguntó Constanza.

—A la humedad del tiempo—respondió el doctor advertido por Cesarina.

A veces los médicos tienen la obligación de decir tontearías fundadas en su ciencia, á fin de salvar el honor ó la vida á las personas que rodean al enfermo. El anciano doctor había visto tantas cosas, que comprendió con media palabra. Cesarina le acompañó hasta la escalera y le preguntó la marcha que debía seguirse.

—Calma y silencio, y luego, cuando la cabeza esté libre, le daremos algún fortificante.

Constanza pasó dos días á la cabecera de la cama de su marido, el cual deliró la mayor parte del tiempo. Acostado en el hermoso cuarto azul de su mujer, decía cosas incomprendibles para ésta al ver sus cortinajes, sus muebles y sus costosas magnificencias.

—¡Está loco!—le decía la madre á la hija en un momento en que César se había erguido en su cama y citaba con voz solemne los artículos del Código de comercio.

—Si se juzgan excesivos los gastos... ¡quítalos cortinajes!

Después de tres días terribles, durante los cuales corrió peligro la razón de César, la fuerte naturaleza del aldeano turenés triunfó, y una vez salvada la cabeza, el señor Haudry le recetó cordiales, una alimentación enérgica y una taza de café, que no tardó en sacar del lecho al negociante. Constanza, muerta de cansancio, ocupó el lugar que había dejado su marido.

—¡Pobre mujer mía!—dijo César cuando la vió dormida.

—Vamos, papá, ¡valor! Es usted un hombre de tanto ta-

lento, que acabará por triunfar. Esto no será nada. Además, Anselmo le ayudará.

Cesarina dijo estas palabras con voz tan cariñosa, que hubiera reanimado al más abatido, como los cantos de una madre aplacan los dolores del niño atormentado por la dentición.

—Sí, hija mía, voy á luchar; pero no digas ni una palabra de esto á nadie, ni á Popinot, que nos quiere, ni á tu tío Pillerrault. En primer lugar, voy á escribir á mi hermano, que es, según creo, canónigo vicario de una catedral y que, como no gasta nada, debe tener dinero. Mil escudos al año de economías, en veinte años hacen cien mil francos. En provincias los curas suelen tener crédito.

Cesarina, ansiosa de llevar á su padre una mesita y todo lo necesario para escribir, le entregó, sin fijarse, el resto de las invitaciones para el baile impresas en papel de color rosa.

—Quema todo esto—gritó el negociante.—Sólo el diablo ha podido inspirarme la idea de dar este baile. Si sucumbo me tomarán por un bribón. Vamos, nada de frases.

CARTA DE CÉSAR Á FRANCISCO BIROTTEAU

«Mi querido hermano: Me encuentro en una crisis comercial tan difícil, que te suplico me envíes todo el dinero de que puedas disponer, aunque sea pidiéndolo prestado.

»Todo tuyo,

»CÉSAR.

»Tu sobrina Cesarina, que me ve escribir esta carta mientras mi mujer duerme, te saluda y te envía un abrazo.»

Esta postdata fué añadida á instancias de Cesarina, la cual le llevó la carta á Raguet.

—Papá—le dijo al subir,—aquí está el señor Lebás, que quiere hablarle.

—¡El señor Lebás! ¡un juez!—exclamó Birotteau asustado como si el desastre le hubiese convertido en criminal.

—Mi querido señor Birotteau—dijo el comerciante al entrar,—me tomo demasiado interés por usted, nos conocemos hace mucho tiempo y fuimos elegidos jueces juntos la primera vez, para no venir á decirle que un tal Bidault, usurero, llamado Gigonnet, tiene letras de usted endosadas á su orden por la casa Claparón, *sin garantía*. Estas dos palabras son, no solamente una afrenta, sino la muerte de su crédito.

—El señor Claparón desea hablarle, ¿le digo que suba?—dijo Celestino presentándose.

—Ahora sabremos la causa de ese insulto—dijo Lebás.

—Caballero—dijo el perfumista á Claparón al verle entrar,—tengo el gusto de presentarle al señor Lebás, juez del tribunal de comercio y amigo mío.

—¡Ah! ¿es este el señor Lebás?—dijo Claparón interrumpiéndole.—Tengo mucho gusto en conocer al comerciante señor Lebás, porque hay tantos Lebás...

—Este señor ha visto las letras que yo le he remitido y que usted decía que no circularían, y no sólo las ha visto, sino que ha observado, además, que puso usted en ellas las palabras *sin garantía*.

—Sí, es verdad—dijo Claparón,—y no circularán, porque están en manos de un hombre con quien hago muchos negocios, el padre Bidault. He aquí porque puse *sin garantía*. Si los efectos tuviesen que circular, los hubiera usted hecho á su orden directamente. El señor juez va á comprender mi situación. ¿Qué representan esos efectos? el precio de un inmueble. ¿Pagado por quién? por Birotteau. ¿Por qué quiere usted que yo garantice á Birotteau con mi firma? Ambos tenemos que pagar nuestra parte en dicho precio. Ahora bien, ¿no basta que sea uno solidario de los vendedores? Para mí, la regla comercial es inflexible, y no doy á nadie inútilmente una garantía, como no doy á nadie el recibo de una suma que no he cobrado. Yo lo supongo todo: el que firma paga, y no quiero exponerme á pagar tres veces.

—¡Tres veces!—dijo César.

—Sí, señor—repuso Claparón.—Yo he garantizado ya á Birotteau con los vendedores, ¿por qué le he de garantizar

de nuevo con el banquero? Las circunstancias en que estamos son muy tristes. Roguín se me lleva cien mil francos, y por lo tanto, la mitad de los terrenos míos me cuesta quinientos mil, en lugar de cuatrocientos mil. Roguín se lleva doscientos cuarenta mil francos de Birotteau. ¿Qué haría usted en mi lugar, señor Lebás? Colóquese en mi situación. Yo no tengo el honor de conocer al señor Birotteau más de lo que le conozco á usted. Fíjese bien. Nosotros hacemos un negocio á medias, usted aporta todo el dinero que le corresponde y yo entrego el mío en valores, se los ofrezco á usted, y llevado de su excesiva complacencia, se encarga de convertirlos en dinero. Pero de pronto sabe usted que Claparón, banquero, rico, considerado, que el virtuoso Claparón está á punto de quebrar por tener que devolver seis millones, ¿garantizaría usted mi firma con la suya en semejante momento? Estaría usted loco. Pues bien, señor Lebás, Birotteau está en el caso en que yo supongo á Claparón. ¿No ve usted que yo podría tener entonces que pagar á los adquirentes como solidario, y tendría, además, que satisfacer los efectos de Birotteau si los garantizase...

—¿A quién?—preguntó el perfumista interrumpiéndole.

—...Sin tener la mitad de los terrenos?—dijo Claparón haciendo caso omiso de la interrupción del perfumista.—Tendría, pues, que comprarlos de nuevo, y habría de pagarlos tres veces.

—Pero ¿á quién tendría usted que reembolsar?—seguía preguntando Birotteau.

—Al tercer portador, si yo aceptase las letras y á usted le ocurriera una desgracia.

—Caballero, yo no faltaré de ningún modo—dijo Birotteau.

—Bueno—dijo Claparón,—usted ha sido juez, es hábil comerciante, y debe saber que está uno obligado á preverlo todo. De modo que no le asombre que proceda como procedo.

—El señor Claparón tiene razón—dijo José Lebás.

—Tengo razón comercialmente—repuso Claparón,—pero este asunto es territorial. Ahora bien, ¿qué debo recibir

yo?... dinero, pues será preciso dar dinero á los vendedores. Hagamos caso omiso de los doscientos cuarenta mil francos que estoy seguro que encontrará el señor Birotteau—dijo Claparón mirando á Lebás.—Yo ahora venía á pedirle la bagatela de veinticinco mil francos—añadió mirando á Birotteau.

—¡Veinticinco mil francos!—exclamó César helado de espanto.—Pero ¿para qué, señor mío?

—Ya verá usted: nosotros estamos obligados á realizar las ventas ante notario. Ahora bien, por lo que atañe al precio, podemos arreglarnos entre nosotros; pero ¿y con el fisco? El fisco no se conforma con palabras ni concede crédito, y esta misma semana tenemos que escupirle cuarenta mil francos de derechos. Yo estaba muy lejos de esperar que había de oír reproches viniendo aquí, porque, pensando que acaso le vendría mal pagar esos veinticinco mil francos, venía á anunciarle que por una gran casualidad le he salvado...

—¿Qué?—dijo Birotteau lanzando ese grito de angustia que no deja lugar á dudas.

—Una miseria, los veinticinco mil francos de efectos que Roguín me había entregado para que los negociase. Se los he acreditado á usted, y deduciendo de ellos los gastos de la negociación, sólo tendrá que entregarme seis ó siete mil francos; ya le enviaré la cuenta.

—Todo eso me parece perfectamente justo—dijo Lebás.—En el lugar del señor, que me parece muy entendido en negocios, yo obraría lo mismo con un desconocido.

—El señor Birotteau no morirá por esto—dijo Claparón.—Un gato viejo no muere al primer golpe.

—¿Quién podía prever una infamia semejante en Roguín?—dijo Lebás tan asustado del silencio de César como de aquella especulación tan enorme, ajena á la perfumería.

—Ha faltado poco para que yo le hubiese dado recibo al señor de cuatrocientos mil francos, y entonces me habría fastidiado—dijo Claparón.—La víspera le había entregado cien mil francos á Roguín. Nuestra confianza mutua me ha salvado. A decir verdad, lo mismo me daba que los fondos

estuviesen en la notaría ó en mi casa hasta el día de hacer los contratos definitivos.

—Hubiera sido preferible que cada uno hubiese tenido su dinero en el Banco hasta el momento de pagar—dijo Lebás.

—Para mí, Roguín era el Banco—dijo César.—Pero él también entró en el negocio—añadió mirando á Claparón.

—Sí, de palabra, en la cuarta parte—respondió Claparón.—Después de cometer la tontería de dejarle que se llevase mi dinero, sería yo muy tonto en darle más. Si me envía mis cien mil francos y doscientos mil más de su parte, entonces nos veremos. Pero se guardará bien de hacerlo para un negocio que tardará lo menos cinco años en reportar beneficios. Si sólo se ha llevado trescientos mil francos, como dicen, bien necesita quince mil de renta para vivir convenientemente en el extranjero.

—¡Bandido!

—¡Bah! una pasión ha llevado á Roguín á ese extremo—dijo Claparón.—¿Qué anciano puede responder de no dejarse dominar por su último capricho? Ninguno de nosotros, que somos juiciosos, podemos decir cómo acabaremos. El último amor es el más violento. Vean ustedes sino á los Cardot, á los Camusot, á los Matifat, todos tienen queridas. Y si nos vemos estafados, ¿no es nuestra la culpa? ¿Cómo no hemos desconfiado de un notario que se metía en un negocio? Todo notario, todo agente de cambio, todo corredor que se mete en negocios debe ser sospechoso. La quiebra es para ellos una bancarrota fraudulenta, y prefieren marcharse al extranjero que ir á la cárcel. Sí, si somos bastante débiles para no hacer condenar en rebeldía á gentes á cuya casa hemos ido á comer y que han dado hermosos bailes, no nos quejemos, todos tenemos la culpa.

—¡Gran culpa!—dijo Birotteau.—Falta rehacer la ley acerca de las quiebras.

—Si necesita usted de mí, soy todo suyo—dijo Lebás á Birotteau.

—El señor no necesita de nadie—dijo el infatigable charlatán, que había sido aleccionado por de Tillet.—Su situación es clara: según me ha dicho Crottat, la quiebra de Ro-

guín daré el cincuenta por ciento de dividendo. Además de este dividendo, el señor Birotteau se encuentra con cuarenta mil francos que su prestador no tenía, y luego puede pedir prestado, dando como garantía sus propiedades. Ahora bien, hasta dentro de cuatro meses no tenemos que dar á los vendedores los doscientos mil francos. De aquí á entonces, el señor Birotteau pagará sus efectos, pues supongo que no debía contar con lo que se llevó Roguín para satisfacerlos. Pero aunque el señor Birotteau se encontrase un poco apurado, podrá salir del paso empleando su crédito.

El perfumista se había reanimado oyendo á Claparón analizar el negocio y resumirlo, trazándole, por decirlo así, su norma de conducta. Así es que su actitud pasó á ser firme y decidida, formando un gran concepto del talento del antiguo viajante. De Tillet había juzgado conveniente que Claparón se creyese víctima de Roguín; y á este efecto, le entregó á éste cien mil francos para que se los diese al notario, el cual se los había devuelto. Claparón, inquieto, desempeñaba su papel á las mil maravillas, y decía á todo el que quería oírle que Roguín le costaba cien mil francos. De Tillet no había juzgado á Claparón bastante fuerte, le creía aún poseído de demasiados principios de honor y de delicadeza para confiarle por completo sus planes, y, por otra parte, sabía que era incapaz de adivinarle.

—Si nuestro primer amigo no fuese nuestra primera víctima, no encontraríamos la segunda—le dijo de Tillet á Claparón el día que, reprochándole éste su conducta, acabó por romper con él.

Los señores Lebás y Claparón se fueron juntos.

—Aun puedo salir del paso—se dijo Birotteau.—Mi pasivo en efectos á pagar asciende á doscientos treinta y cinco mil francos, á saber: setenta y cinco mil por mi casa y ciento setenta y cinco mil por los terrenos. Ahora bien: para efectuar estos pagos tengo el dividendo Roguín, que será tal vez de cien mil francos, y puedo hacer anular el préstamo de mis terrenos, que sumarán en total ciento cuarenta. Se trata, pues, de ganar cien mil francos con el *Aceite Cefálico* y de esperar el momento en que los terrenos adquieran su mayor valor.

Cuando un hombre en la desgracia puede formarse ilusiones mediante razonamientos más ó menos justos que le permiten conciliar el sueño, generalmente se salva. Muchas gentes confunden la confianza que da la ilusión con la energía. La esperanza constituye tal vez la mitad del valor, y por eso la religión católica la ha convertido en virtud. ¿No ha sostenido la esperanza á muchos seres débiles, dándoles tiempo para soportar los azares de la vida? Resuelto á ir á casa del tío de su mujer á exponerle su situación antes de buscar auxilio en otra parte, Birotteau se fué de la calle de San Honorato á la de los Bourdonnais, en medio de ignoradas angustias que le agitaron de una manera tan violenta, que llegó á creer en peligro su salud. Sentía fuego en sus entrañas. En efecto, las gentes que sienten con el diafragma sufren de este órgano, lo mismo que las personas que perciben con la cabeza experimentan dolores cerebrales. En las grandes crisis, la parte física se ve atacada en el punto en que tiene asiento la vida del individuo: los débiles tienen cólicos y Napoleón se dormía. Antes de llegar á una confidencia pasando por encima de todas las barreras del orgullo, las gentes de honor sienten más de una vez el aguijón de la necesidad, ese duro acicate. Así, Birotteau se había dejado aguijonear durante dos días antes de ir á casa de su tío, y no se decidió á hacerlo más que por razones de familia: en cualquier caso, debía explicar su situación al severo quincallero. No obstante, al llegar á la puerta, experimentó ese íntimo desfallecimiento que todo niño ha sentido al entrar en casa de un dentista; pero este defecto de corazón era en él natural, y no producto de un dolor pasajero. Birotteau subió lentamente la escalera y encontró al anciano leyendo *El Constitucional* en el rincón del fuego, ante una mesita redonda donde estaba su frugal almuerzo, que consistía en un panecillo, manteca, queso de Brie y una taza de café.

—He aquí al verdadero sabio—dijo Birotteau envidiando la vida de su tío.

—Supe ayer en el café David el asunto de Roguín y el asesinato de la hermosa holandesa—le dijo Pillerault quitándose las gafas.—Espero que, prevenido por nosotros, que